
Dos relatos

Avenida de las Camelias

Primero pasan lentamente las banderas y, después, el viento amarillo de los clarines, las espadas y los flecos dorados ondeando como un mar y, detrás (un fondo difuso), los uniformes azules y rojos de los granaderos sobre las largas botas brillantes, que se van ondulando entre la bruma, como si estuvieran impresos en una hoja de papel que se humedece.

Casi en seguida, la llamada triste de Avenida de las Camelias subiendo entre los tambores y los metales, que tienen un brillo sordo en un lugar gris donde ahora nada turba la lenta caída de la sangre sobre el piso de cemento.

Mi padre admira a los militares y muchos de sus familiares y amigos son generales y coroneles. Tal vez —pienso—, cree que son valientes y fuertes, y a él le gusta sentirse protegido.

A medida que surgen, algunos pensamientos desaparecen; a veces, sólo existe el borde de arriba de los recuerdos, de las palabras o del resplandor de algo. Otras veces, en cambio, son tan brillantes y cercanos que parece que bastaría un pequeño esfuerzo para transformarlos en realidad, para continuar esas escenas que ocurrieron hace tantos años.

Cada vez que mi padre demuestra que me quiere, se me llenan los ojos de lágrimas. Empiezo a leer una carta que comienza «Querido hijo», y la niebla sube por mi garganta. «Es un chico muy impresionable», dicen. Tengo una enfermedad congénita en los ojos que me produce muchas molestias y estoy cansado de las operaciones. Un día descubro que voy mucho al cine porque tengo miedo de quedarme ciego. Médicos, largas esperas, luces intensas, anestesia.

Una imagen que surge de una denuncia sobre asesinatos y torturas se desliza suavemente frente a mi. La sangre zumba sobre la sierra de acero que va cortando viva, entre las piernas y hacia la cabeza, a una mujer encadenada sobre dos tablas. La sangre cubre como un fino polvo líquido a los compañeros de la mujer, obligados a mirar y a escuchar. A unos metros, un teniente del ejército toma notas y un capitán consulta su reloj.

De los días junto a la playa y el mar sólo queda una fotografía medio amarillenta y algo arrugada en los bordes. Mi padre —sonriente—, y yo estamos tomados de la mano, pero casi no queda ningún recuerdo de palabras, gestos o caricias. Únicamente ese trozo de papel viejo, brillante, con dos siluetas detrás de las cuales va creciendo un rumor. El mar azul, translucido, rápido y pesado; el agua verde o gris alrededor de todo; los ojos abiertos en el silencioso refugio. El cielo visto desde abajo del agua parece un tranquilo espejo resplandeciente.

La náusea sube como un licor pegajoso entre mi odio y la admiración de mi padre por los militares. Ahora hay una muralla sólida e indestructible entre los dos, pero

bastará un gesto o una palabra (un recuerdo), para que la barrera se disuelva y vuelvan la indiferencia, el afecto o la sumisión.

Desde la oscuridad y el abandono, espío las fiestas en mi casa. Luces de colores, la voz de mi padre como un águila, risas, el brillo de los trajes, la suave seda negra sobre la piel de mi madre; despreocupados perfumes en el centro de espejos paralelos, reproduciéndose infinitamente a lo largo de las noches.

Me gusta reemplazar el futuro por el pasado. Así, el pasado no da la impresión de estar acechándome. La rutina y la desesperación están adelante, a unos centímetros, y tienen el atractivo de parecer desconocidas.

Hace poco, miré con asco una exposición de armas porque entre ellas apareció la muerte como algo concreto. Las armas maravillosas de la infancia. El color gris oscuro de la espada de mi bisabuelo, las anécdotas audaces, los laureles grabados en el acero, las muescas en la culata de un Remington de caballería.

Solo hay dos posibilidades —creo a veces que piensa mi padre en Buenos Aires—: la excitante del que tira y la sórdida del que recibe la bala. Desde lejos, desde Madrid, todo parece falso y mediocre y hasta un poco ingenuo. Pero en esos días en que los recuerdos, el hastío y la angustia son más nítidos, vuelve la duda. La exaltación del triunfo o el horror de la derrota.

—«Avenida de las Camelias es un lindo nombre para una marcha militar, ¿no? Un nombre romántico» —a mi padre le gustan las cosas desconcertantes y raras, las paradojas; situaciones muy intensas en un contexto aburrido.

Nos gusta jugar a la guerra —pienso con una sorpresa blanda y avergonzada. Recuerdo los libros de aventuras, las muertes ficticias, la posibilidad de comenzar a leer nuevamente el libro que acabo de terminar para que todos estén vivos nuevamente, aunque uno sepa que después van a morir.

Todo se deteriora y las formas se vacían de contenido. Primero, se resquebrajan imperceptiblemente de adentro hacia afuera, hasta que, inesperadamente, la máscara se deshace y todo se modifica y se pierde, una mueca escéptica, un gesto vago de tristeza que repite un gesto de alegría.

Estoy acostado, mirando al techo de la habitación, mientras escucho mis pensamientos aterciopelados, casi inmóvil. No sé si mi padre me quiere. No se lo puedo preguntar. Nunca podré. Después, huelo la llegada del verano entre las hojas de un árbol, en un ambiente verde como el de abajo del mar, pero transparente.

—«¿Por qué no dejan escuchar la música?»— pregunta mi padre y coloca nuevamente el disco. Seis marchas militares de cada lado. Ahora sí que hay silencio.

Estoy con un estandarte en las manos, entre disparos aislados y el ocasional tableteo de las ametralladoras, una tarde luminosa de junio, ignorante de todo, indiferente, caminando entre las balas. Sólo me falta la sonrisa triste para que la escena sea perfectamente literaria.

Muchas veces pienso con incredulidad en mis amigos muertos y en sus cuerpos torturados y hundidos a culatazos. Por las heridas no sale nada, ni sangre, ni un sonido.

«¿Vamos al desfile?» —me pregunto a mí mismo. Empleo el plural para sentirme acompañado. Pero ahora mi padre está a mi lado y es inmortal y me quiere y todo lo que proviene de él es bueno y seguro. Lo miro, pero nunca lo puedo ver claramente. Se

superponen los tiempos, las circunstancias y los deseos. A veces es invencible y tranquilizador; a veces, indefenso y despreciable. Pero siempre me queda la presión de su mano cálida, seca y mágica, con los dedos amarillos, perfumados de tabaco.

Caminamos juntos entre la gente que lleva banderas e insignias, aplaude, canta o corre desesperada. A mí me gusta burlarme de las jerarquías autoritarias, y pienso en un general gordo colocado en una situación ridícula. «General de la Nación» —dice con orgullo mi padre y los dos comenzamos a silbar Avenida de las Camelias.

El azul y el rojo de los granaderos centellea entre las trompetas y el alarido solitario de la mujer dividida en dos delante de sus compañeros, entre los infinitos perfiles paralelos y los correajes y las bayonetas que oscilan rítmicamente. Los granaderos marcan el paso con fuerza y se van hundiendo en el asfalto mientras la música se debilita, hasta que todo es una nube viscosa y gris que arde en los ojos.

Una ilusión, un recuerdo, un humo de infinitos colores que surge de un pozo muy profundo; la memoria de todos esos años, algo triste que se va y vuelve de la mano de mi padre —hace mucho tiempo o ahora mismo—, cuando los dos miramos el desfile y escuchamos la banda, solos en el mundo.

Una oscura fortaleza vacía

A pesar de ser rubia, parecía bastante independiente, con un peinado un poco vaporoso y triangular, ojos azules y una manera de caminar con pasos cortos que podía hacer pensar erróneamente que tenía un carácter decidido. Al hablar también parecía muy segura de sí misma, lo que confundía a los hombres más ingenuos que intentaban abordarla.

Su trabajo en la oficina consistía en traducir textos al inglés. Las primeras semanas estaba muy nerviosa porque pensaba que no iba a hacerlo bien. Aunque su horario de trabajo era de seis horas, permanecía ocho, y a veces hasta diez, como para que le perdonaran su supuesta incapacidad.

Los padres de la rubia eran armenios exiliados que habían vivido en varios países de Europa y Estados Unidos antes de instalarse definitivamente en Madrid. Ella decía que no tenía patria y que le daba lo mismo vivir en cualquier sitio. En un ambiente en el que parecía ser un motivo de orgullo haber nacido en Palma del Río o en Motilla del Palancar, sus palabras causaban un irritante e incrédulo asombro, que desaparecía al recordar que sólo era una extranjera. Me hacía pensar en el personaje cosmopolita de un cuento de O'Henry.

Había algo en ella que no terminaba de gustarme. Tal vez fuera algo físico, alguna zona de su cuerpo que no correspondía al resto. Pero después de unos meses, la molestia que me producía se fue suavizando, lo mismo que sus miradas. Tenía unos ojos hermosos, un poco líquidos que se velaban un poco cuando hablaba conmigo, como si los estuviera mirando a través de un cristal empañado.

Me gustaba pensar que se había enamorado de mí. Cuando me siento desvalido o muy solo, me suelo imaginar cosas por el estilo. Yo no sentía nada por ella, creo que ni siquiera curiosidad.

Al principio hablaba poco con la rubia. Sólo unas frases aisladas que trataban de ser ingeniosas y algunos estúpidos comentarios sobre el trabajo. Pero en varias ocasiones la sorprendí mirándome absorta. Siempre me pareció incomprendible que me miren. Sin embargo, muchas mujeres lo hacen en la calle. Varias veces tuve ganas de preguntarles la causa de su interés, pero nunca me atreví ante la posibilidad de que me contestarán que en algún lugar hay que poner los ojos, o algo por el estilo. Mi cara no es hermosa y, en determinadas circunstancias, me produce cierta repugnancia.

Una vez me pareció que la rubia sugería que su marido era un tipo insignificante. A partir de ese momento y durante algún tiempo, me sentí orgulloso de ser el causante de una crisis matrimonial que adivinaba próxima. Pero en esos días sórdidos en los que yo sentía lástima de mí mismo, debía susurrarle unas palabras insinuantes con la esperanza de que su cara adquiriese el resplandor especial que me confirmara su admiración por mí. Ahora me doy cuenta de que la realidad era lo menos importante en esta relación que, como todas, era, en el fondo, imaginaria.

Un día la invité a almorzar. Su peinado sugería un abanico invertido y difuso y sus zapatos golpeaban el suelo con un matiz orgulloso. Se sentó enfrente de mí y yo comencé a hablar intentando el viejo truco de parecer a veces triste y a veces inseguro. Pero al rato me olvidé de todo e inicié una larga y fervorosa exposición sobre la empresa, las múltiples injusticias existentes y los indefinidos límites de la estupidez humana.

A medida que yo hablaba, me pareció que ella se iba empequeñeciendo, corvirtiéndose en una niña, alejándose gradualmente de la mesa, hundiéndose en su asiento, como si tratara de pensar objetivamente en medio de una situación turbadora o de aproximarse a mí de una manera indirecta y confusa.

Después imaginé que esa sensación de alejamiento podía estar vinculada con la expresión maravillada de sus ojos, como si a medida que me admirara más se fuera quitando también años de encima, y no porque fuera vieja ya que sólo tendría veinticinco, sino como si quisiera volver a ser muy pequeña para que la protegieran de algo que ella no podía controlar. Pero yo no aproveché la ocasión porque no sabía si tenía ganas de hacerlo y porque me daba un poco de pereza.

Al final, sólo me quedó la imagen de ella huyendo hacia el pasado y una melancólica y frágil sensación de omnipotencia —una oscura fortaleza vacía—, que me duró algunos días, y con altibajos.

OSCAR PEYROU
Clara del Rey, 67
MADRID-2